

Royal modelo 10-S / Lola Ancira

I

Aunque Carlo se hacía llamar «escritor», sabía que era un farsante. Y la gente no tenía por qué saber que en realidad era un copista del siglo xx. Se había edificado una coraza y con su falsa profesión excusaba su encierro permanente.

Durante décadas pensaba que, a fuerza de repetir la palabra que nombraba dicho oficio, terminaría por convertirse en escritor, mas cada línea que escribía alguna vez lograba vivir sólo algunos segundos.

Frente al aterrador y constante entumecimiento ante la página en blanco, comenzó una peculiar costumbre: usaba una Olivetti Lettera 32 para transcribir los cuentos que consideraba fascinantes, no con la intención de plagiarlos, sino para ver si algo de aquel talento que tanto admiraba lo influenciaba lo suficiente para hacerlo crear una historia completa, consciente de que le resultaría imposible superar semejantes talentos.

Anhelaba dejar de ser la sombra de su estirpe: era descendiente de los nobles españoles Pardo Bazán, familia en la que las mujeres sobresalían por sus dotes artísticas y su activismo político. Emilia, su abuela, había sido una escritora e intérprete de música clásica, reconocida también por ser la autora del popular tratado sobre cuento del que Carlo extrajo frases que enmarcaba en las paredes de su hogar:

Hay una sola manera de empezar un cuento con acierto: despertando de golpe el interés del lector.

Tan sólo pensar en elegir las primeras palabras despertaba su ansiedad. Solía abandonar la pluma tras pasar horas sosteniéndola tan fuerte que se ampollaba la mano, esa articulación que parecía dejar de pertenecerle cuando quería despertar su creatividad. No podía escribir. Quizá no debía hacerlo.

El oficio es obra del trabajo asiduo, de la meditación constante, de la dedicación apasionada.

Después descubrió que transcribir era la única tarea en la que lograba cierta disciplina. Se dedicó a reproducir libros enteros que contenían decenas de mundos breves creados en torno a hechos fascinantes: La lluvia de fuego, de Leopoldo Lugones; Río subterráneo, de Inés Arredondo; Las dualidades funestas, de Edmundo Valadés; La semana de colores, de Elena Garro...

Es en la acción donde está la sustancia del cuento.

Llegó a pensar en cambiar párrafos de lugar y de un texto a otro, también en modificar algunas líneas, agregar su nombre al final de los textos y enviarlos a periódicos y revistas para ser publicados. Si lograba hacerlo con habilidad, resultaría difícil reconocer el engaño. Pero, tijeras en mano, no se animó a cometer la herejía de recortar y fragmentar las hojas impresas: sentía que sería a destrozarse los cuerpos de los propios autores.

Nunca tuvo un rival más acérrimo que la página en blanco. Temía ensuciar aquella tabula rasa, ser indigno de generar una página. No merecía expresarse si no lograba encontrar al menos indicios del talento de su sangre: el peso del apellido lo perseguía.

Su terror principal era convertirse en una sombra insignificante, que su nombre se transformara en un recuerdo más gris que el papel de su futura página.

Â

II

El espacio dejó de ser un problema desde que Carlo empezó a utilizar las máquinas de escribir y los libros para algo más que la ornamentación, reemplazando así los muebles ordinarios: apilaba la mayoría de forma tal que creaban mesas y superficies útiles. A las más estables les colocaba tablas de madera de roble o superficies de cristal cortadas a la medida.

En un juego de trapezistas mortales, unas se sostenían sobre otras desafiando la gravedad. El suyo no era un museo, era un mausoleo de cadáveres mecánicos y de papel.

Su posesión más preciada era una Olympia Plurotyp fabricada en 1933, pero la que le resultaba más bella (y también la más costosa) era una de las primeras Crandall New Model de finales del siglo xix. A la Underwood modelo 5, fabricada en 1926, le tenía un aprecio especial por ser la favorita de su abuela (quien se la heredó junto con los libros y la casona). Ambas eran las únicas que descansaban en aparadores individuales, protegidas por grandes campanas de cristal.

Era mucho menos quisquilloso con los libros. Algunas ediciones eran limitadas o de coleccionista; ninguna joya. No era un lector especializado, aunque sí compulsivo; tampoco se dedicaba a ellos con el ahínco que ponía en sus mecanismos favoritos.

Entre estantes y mesillas podía admirarse diversas Hermes, Olympia y Remington. En aquel sitio convivían pocas tan distantes como sus primeros dueños.

Â Â Â Â Su tarea se limitó a reunir las y observarlas a plena luz o entre las tinieblas durante más de dos décadas, esperando cualquier señal. No se daba por vencido: aseguraba que se negaban a escribir para él por algún motivo que él desconocía. Desde principios de los ochenta, tras leer el cuento «The Ballad of the Flexible Bullet», de Stephen King, su objetivo de vida fue buscar la Royal modelo 10-S mencionada por el autor.

Â Â Â Â Carlo sabía que debían existir artilugios similares a esa Royal que albergaba en su mecanismo a una criatura diminuta cargada de creatividad y fortuna. Saber de su existencia le parecía lo más razonable: cada escritor que haya tenido contacto con alguna máquina de escribir le transfiere, a través de las yemas de los dedos, parte de su espíritu y su energía creadora a aquellos seres fantásticos. Sabía que Pessoa había usado un modelo muy similar al 10-S, y que Bradbury, Capote, Hemingway, Faulkner, Nabokov y Plath solían escribir en otros modelos de esa compañía.

Â

III

La Royal modelo 10-S llegó en una caja en su cumpleaños número sesenta. En su último viaje a Argentina indicó que lo hicieran así. El pesado artilugio no aparentaba su edad, tenía una cinta hermosa que pintaba al más leve contacto. Las teclas, ligeras, se imprimían con rapidez, las palancas estaban aceitadas y los cristales en los costados de la caja de metal (que permitían ver parte de su funcionamiento) no mostraban una máquina.

Â Â Â Â Venía junto con el certificado que declaraba que ésta era la que había usado Lugones para escribir su cuento «Viola acherontia», tal como se lo comentó el anticuario cuando Carlo pidió información sobre el dispositivo mecánico en Mar del Plata.

Â Â Â Â La colocó en la mesa del comedor en lo que encontraba un mejor sitio, justo debajo de la inmensa pintura del retrato de su sonriente abuela, y subió a dormir. Un sonido continuo y monótono se filtró en su sueño ligero. Despertó de repente y tardó unos segundos en darse cuenta de que se originaba en el comedor. Se incorporó y bajó.

Fue testigo de un espectáculo inverosímil: las teclas de la nueva máquina persistían en prolongar una danza misteriosa. Se quedó ahí hasta que la función cesó. La había encontrado.

Â Â Â Â Encendió la luz e intentó darles algún sentido a las letras impresas unas sobre otras en el rodillo y en la cinta. Le resultó imposible volver a conciliar el sueño y trató de tranquilizarse con infusiones de tila.

Â Â Â Â El suceso se repitió la noche siguiente. El mecanismo se activó a la misma hora. Carlo dormitaba en un sillón a unos cuantos metros y ya le había colocado una hoja blanca. Se paró de inmediato y pudo distinguir cómo cada letra se plasmaba creando palabras, líneas, párrafos. Cuando la cuartilla estuvo lista, la tomó y le dio la vuelta. Impaciente, la Royal no detenía su marcha, lo que dificultó insertarla de nuevo. Media hora después, Carlo tenía la mayor parte de un cuento. Se dedicó entonces a buscar las palabras perdidas para darle continuidad a la historia.

Â Â Â Â A partir de entonces, la sala se convirtió en su habitación. No quiso perderse ningún momento activo de la Royal esa fusión entre la mítica Sherezada y el escritor, peculiarísimo autómata de un relojero suizo.

Â Â Â Â Las continuas desveladas configuraron su jornada; dormía por las tardes con las cortinas cerradas por completo. Se convirtió en un ser de costumbres nocturnas que se alimentaba poco y dormitaba con las sonatas de Paganini y las sinfonías de Schubert y de Liszt.

Â Â Â Â Una noche reprodujo un acetato varias veces. Ya en la madrugada, descubrió un giro en los temas de los textos y tuvo una idea.

Â Â Â Â Notó que los nocturnos de Chopin y las sonatas para piano de Beethoven eran los verdaderos autores de aquellas obras. Piezas como A la memoria de un Ángel, de Alban Berg, o la Sonata para viola y piano, de Shostakovich, que el compositor ruso escribía mientras agonizaba, resultaban en relatos desgarradores. Incluso, si prestaba atención, podía asegurar que el sonido de las teclas se adaptaba a los acordes de los instrumentos.

Â Â Â Â Cuando la Royal estaba inactiva, Carlo no podía dejar de mirarla. La vida de eremita trasnochador lo empezaba a consumir. Ya sólo tenía alimentos enlatados, su aspecto reflejaba una dejadez preocupante y el descuido del lugar comenzaba a ser evidente. Lo único que le importaba era la Royal, que estaba en perfecto estado.

Â Â Â Â A las diez de la noche sonó la alarma del reloj despertador. Prendió las luces del comedor, preparado. Ya era un experto cambiando las hojas y descifrando las palabras que no se alcanzaban a imprimir al ver el movimiento de las teclas. Al terminar de hilar las hojas escribiendo los términos que él creía más convenientes, regresó al sillón y leyó lo impreso. Ningún cuento lo decepcionaba. El manuscrito que Carlo estaba reuniendo tenía ya más de cien cuartillas.

Â Â Â Â A las ocho de la mañana, la Royal se activó de nuevo. Nunca antes lo había hecho a esa hora. La velocidad de movimiento furioso de las teclas empezó a aumentar antes de que Carlo reaccionara, y para cuando estuvo frente a ella, el estrépito lo hizo retroceder. El conjunto que resultó del sonido de las teclas, de la palanca de retorno del carro y del rodillo al girar creaban una música demencial. Se cubrió los oídos, cerró los ojos y el ruido cesó. Aún nervioso y escuchando un eco necio, se dirigió a la cocina. Antes de poder sentarse, reinició el estruendo. Carlo no sabía cómo detenerla, qué resultarían de esa frenética actividad.

Â Â Â Â El silencio se impuso de nuevo. El nerviosismo se transformó en ira cuando notó que el alboroto era repentino, y podía ser extenso como una perorata o breve como un suspiro. La Royal tenía la determinación de enloquecerlo.

Â Â Â Â Un repiqueteo constante apareció en la cabeza de Carlo inesperadamente. Empezó a temer que aquel estruendo se amplificara y lo dejara sordo, mas se sorprendió al notar que sus pensamientos se traducían al idioma de la Royal: una especie de clave morse. Su lenguaje mutó en sonidos polifónicos.

Â Â Â Â En cualquier instante, las teclas insistían en comunicarse y el obstinado rodillo giraba sin cesar. Quiso detener el caos, amputar una a una las teclas. Imaginó que la cargaba y la llevaba hasta el río más cercano, donde la miraba caer como una pesada roca; que la arrojaba a una hoguera o la sepultaba; cualquier destino cruel destinado a un ser humano era preferible para ese objeto.

Â Â Â Â Â Aunque tratÃ³ de engaÃ±arse, siguiÃ³ escuchando el sonsonete breve y conciso. LlegÃ³ al comedor convertido en una flama. TirÃ³ la Royal sobre el parque y le arrojÃ³ lo que tenÃ­a cerca. Los metales se abollaron, distintas piezas salieron disparadas y los cristales de la Royal se rompieron. AbandonÃ³ el montÃ­culo arruinado y subiÃ³ al primer piso despuÃ©s de ver de reojo el rostro de su abuela en el retrato. La anciana habÃ­a perdido la sonrisa. Al subir las escaleras volviÃ³ a escuchar aquel sonido, prefacio absurdo.

Â Â Â Â Â Derrotado, bajÃ³ dispuesto a deshacerse de las reliquias. Lo que encontrÃ³ era inconcebible: cada mÃ¡quina, intacta, estaba en su sitio, y la madera del suelo no tenÃ­a un rasguÃ±o.

Â Â Â Â Â PensÃ³ que la Ãºnica forma de silenciar a la Royal serÃ­a asfixiÃ¡ndola con tierra hÃ©meda. DebÃ­a cavar un foso profundo que se la tragara.

Â Â Â Â Â EmpezÃ³ a temblar al mirar alrededor y descubrir que cada mecanismo se activÃ³ sin importar el sitio en el que se encontrara. Incluso en las posturas mÃ¡s inconcebibles, las teclas repiqueteaban constantes.

Â Â Â Â Â No podÃ­a quedarse ahÃ­. Antes de lograr abrir la puerta, un pitido agudo acompaÃ±ado de un dolor intenso en el oÃ­do derecho lo doblÃ³ y lo dejÃ³ en el suelo, vencido.

Â Â Â Â Â Cuando recobrÃ³ el sentido, percibiÃ³ que los sonidos se fusionaban en una sola composiciÃ³n colÃ©rica, una fuga exaltada que avanzaba al ritmo de la Finale del Concierto para orquesta de BartÃ³k, esa que escuchÃ³ por Ãºltima vez en el funeral de su abuela.